

EL JUEGO DE OJOS

AQUELLOS TORMENTOSOS AÑOS

Por Jorge Lamoyi

Siempre queremos encontrar en una autobiografía no tanto las vivencias de un autor como sus triunfos. El narrador va desentrañando su vida, va, en la lucidez que da la distancia, *rehaciéndola*. Las autobiografías son casi siempre autoapologías.

Son variadas las sorpresas que *El juego de ojos* de Canetti nos deja. Mas hay una que incluso conmueve. Canetti habla de aquellos tormentosos años de pre-guerra y en toda esa angustia que los acontecimientos políticos iban generando, la vida cultural en Viena marchaba. No olvidemos que: "desde hacía medio año se hallaba en el poder el hombre de apellido impronunciable". A pesar del ascenso del nazismo que irremediablemente debía de afectar a Austria, su capital, Viena funcionaba como el centro aglutinador de la cultura en lengua alemana. Conmueve que Canetti, a través de todo el libro, cuenta su vida reflejándola en la de otros. En todos aquellos que junto a él pasaban por ese sentimiento de aprehensión no sólo de su espacio físico sino de su "mentalidad".

Tal vez en el sentido común del género de las Memorias no sea un libro típico: Canetti habla más de todos que de él. Se nos aparece no tanto como el protagonista principal sino como algo más importante: el hilo conductor. Es la puerta para enfrentarnos con una época y es, al mismo tiempo, la llave para conocer aspectos de la personalidad de gentes como Broch, como Musil que hoy forman parte de la "mitología" de la literatura.

El juego de ojos es un texto de Memorias donde Canetti se dedica a recordar a sus amigos, a inventar de nuevo la memoria. Impresiona ese sentimiento —no de modestia— sino de "humildad".

En un libro anterior (*La antorcha al oído*) Canetti nos hablaba de sus años de adolescencia y del encuentro, memorable por cierto, con Veza, quien luego sería su mujer. Pero también contaba su impresión con Grosz, con Isaac Babel y Bertold Brecht: el legendario círculo de intelectuales de Berlín.

En la formación final de los grandes talentos, es vital en encuentro con los grandes talentos. Es enriquecedor o es destructivo. Depende más del que se acerca que del que se encuentra allí, con su prestigio, con su mitología personal.

Canetti nos deja una imagen hermosa de Hermann Broch. Si aquella novela de Broch en donde se le rinde homenaje a la muerte nos deja impresionados, ahora, se entiende que una reflexión tan densa, tan dentro de la conciencia como lo es *La muerte de Virgilio*, tenía que escribirla un hombre al que las causas externas de la existencia lo dejaban impávido: sólo las causas internas eran "reales".

Todo un capítulo rememora un encuentro de Canetti. Como hombre de letras sabe que el interlocutor muchas veces es más definitivo que una influencia literaria. En las relaciones entre escritores siempre se estudian las influencias a través de las lecturas comunes, casi nunca a través de las conversaciones comunes. Difícil tarea porque el poder de la palabra es precisamente su permanencia. Canetti lo usa para recordarnos al Dr. Sonne.

Tampoco podemos pasar por alto la personalidad del escultor Fritz Wotruba, personaje que inmediatamente nos remite a otra persona que tiene mucho que ver en la visión del mundo de Canetti, al menos por aquel tiempo, Ana Mahler.

La relación entre Ana Mahler y Canetti es interesante. Lo es en la medida de las personalidades y en el sentido del discernimiento. En una ocasión, a petición de ella rompen, sólo que Ana pide que se vaya él pero que no se vayan sus cartas; es decir la inteligencia. Pide que en el sentimiento todo se acabe pero que sobreviva un vínculo.

Asistimos en *El juego de ojos* a una liberación: la de Canetti de Karl Krauss. El derrumbamiento del mítico escritor austríaco es simbólico. Marca la conciencia de sus contemporáneos pero cae de ella. Es un motivo para pensar, no un hecho. Desaparece junto con la grandeza del Imperio Austrohúngaro. De aquella imagen rabiosa de Krauss leyendo con la sala atestada cuando Canetti era todavía un adolescente, a la tristeza de un hombre tomando el café en la más absoluta soledad, no deja de impresionarnos.

La guerra civil española, el contacto con Thomas Mann —patriarca en aquel entonces de las letras alemanas—, la descarnada lucha de Musil con *El hombre sin atributos*, el dominio inmisericorde de la Alma Mahler, son, en el sentido de la vivencia, experiencias que la magia de la palabra de

alguna manera nos hace propias.

El juego de ojos concluye con dos hechos fundamentales: la publicación de *Auto de fe*, la "novela" de Canetti, y la muerte de su madre, que es la moldeadora del carácter literario de su hijo.

Elías Canetti escribió un libro de aforismos para descansar de la incertidumbre de la Masa. Allí nos decía que matar el amor de un hombre es algo peor que un crimen. Ciertamente, los libros de Memorias son actos para preservar "ese amor", para a través del recuerdo, eternizarlo, llevarlo siempre vivo. ♦

Elías Canetti. *El Juego de ojos*, Muchnik, Barcelona, 1985, 357 pp.

DE BURGUESA A GUERRILLERA

LA HISTORIA NO PERDONA

Por Anamari Gomís

De burguesa a guerrillera, título por demás detestable y, además, inexacto en relación al libro, ofrece, sin embargo, una lectura testimonial que despierta interés desde sus primeras páginas. La verdad, no se trata de una burguesa que de pronto se desclasa para perderse en el bosque de la guerrilla latinoamericana sino de una niña que vive una infancia acomodada, durante los iniciales años revolucionarios, en una región minera, donde aún reverberan, eso sí, los encantos burgueses del porfiriato: una mansión con muebles europeos, sirvientes cuasi esclavos, reuniones espectaculares, muñecas que son bautizadas en el pleno de una fiesta preparada a imagen y semejanza de las celebradas entre las familias adineradas; oropel y guiños dorados en el seno de la casa de un médico, que no es más que el empleado de una compañía inglesa. Es decir, la pequeña hija del galeño, Alicia, no pertenece estrictamente a la burguesía. No se apellida Limantour ni vive en Guanajuato ni en la ciudad de México. Su residencia, entonces, está cerca del pueblo de Talpujahua. Como sea, el fasto dura muy poco. La Revolución, implacable, expulsa al Dr. Echeverría y a su familia del lugar paradisíaco. Lo que vendrá después